



**PREMIO DE RELATO CORTO  
en la categoría de Estudiantes**



UNIVERSIDAD  
POLITÉCNICA  
DE MADRID



# Sueños entre arrozales

## Marina Tajuelo Kaifer



Bajé de la avioneta y me encontré inmersa en un paisaje de arrozales que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. No me sorprendió descubrir que Madagascar figura como uno de los mayores consumidores de arroz en el mundo. El cultivo y la recolección del arroz no son más que una tradición arraigada que pasa de generación en generación, aceptada sin cuestionamiento, a menudo por falta de otras opciones. Niños, ancianos, padres y madres trabajan incansablemente para obtener la mayor cantidad posible de este preciado cereal. A pesar de tener suficiente arroz para alimentarse, la desnutrición azota al país, recordándonos que no solo de arroz vive el hombre. Frutas, verduras, carne y pescado brillan por su ausencia en las dietas locales, dejando cuerpos maltrechos y esqueléticos.

Los niños, ajenos a los problemas que los rodean, jugaban con una pelota deshilachada, soñando con convertirse en el próximo jugador estrella fichado por el Barça. La mayoría nunca ha pisado un colegio y es probable que nunca lo hagan. Pasarán sus vidas sin leer, escribir o estudiar, destinados siempre a cultivar y cosechar arroz. Posiblemente tengan hijos a una temprana edad que repetirán de forma clónica los actos de sus padres. Es un ciclo del cual parecen incapaces de escapar... ¿o tal vez sí?

A nueve kilómetros y medio de estos campos de cultivo, existe un oasis educativo. Hace años, una cooperativa internacional estableció una pequeña escuela para los llamados “zazalahy tanindrazana”, que significa chicos del campo en idioma mangalache. Se trata de un lugar modesto donde niños de distintas edades comparten una misma aula para adquirir conocimientos básicos como sencillas operaciones matemáticas, practicar la lectura de diferentes textos y escribir sobre diversos temas.

En ese centro del conocimiento, escuché historias que me erizaron la piel y humedecieron mis ojos. Especialmente impactante fue conocer a Madeleine, una niña de ocho años que caminaba más de una hora y media desde su aldea para llegar a la escuela. Cada paso valía la pena para ella, ya que consideraba su educación como su posesión más preciada. Madeleine compartió su deseo de no casarse ni tener hijos hasta ser mayor, ya que quería estudiar para fabricar una máquina que “limpiara el agua”, evitando tener que ir varias veces al día al único manantial potable de los alrededores. También me habló de otro proyecto que tenía en mente: una máquina que se pudiera usar para recolectar el arroz de los campos, aliviando así a sus padres de tanto trabajo. Más orgullosa que nunca de mi profesión, le expliqué a Madeleine que lo que ella quería estudiar se llamaba ingeniería. Hay ingenieros por todo el mundo, le dije, y todos intentan mejorar la vida con nuevos inventos de las personas que les rodean.

Desde que mi viaje terminó y regresé a mi insípida rutina, no volví a saber nada ni de la escuela, ni de los arrozales. Los años han pasado y se han acentuado sobre mi piel. Una mañana mientras leía una revista científica reparé en un artículo llamado: “El ingenioso sistema de depuración de agua mediante arcilla y carbón implantado en Madagascar”, las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos cuando leí que la ingeniera a cargo era local del país y su nombre no era otro que Madeleine, que había empezado a alcanzar sus sueños.